

En el corro de la patata

Metidos en el síndrome de una corriente cultural obvia —léase institucionalizada—, vemos que son muchos los que esperan que sea esa cultura madre la que venga a salvarles de su desamparo, cuando la cultura, como la persona, dependiendo de cómo y de quien la engendre, puede ser una criatura enfermiza o gozar de un vigor que le lleve a mover montañas. Además de ese *posillo* básico, hay que contar con la individualidad, y que no falte, porque entonces la queja podría venir por lo opresivo que tiene en sí esa cultura.

Pensar que la variedad de las especies no impide la unidad del género puede ser tan inocente como creer que es fácil encontrar el método para conseguir que esa *unidad* se transforme en efecto productivo, que no tiene por qué ser sinónimo de uniformidad ni de amasijo.

Vamos por partes. Cada día hay más músicos porque para eso están las escuelas (privadas) y las ganas de hacer música. Pero no hay locales para que toquen todos ni los dueños son la tía que, a falta de madre, ejerce de protectora. Tampoco hay subvenciones para patrocinar todos los conciertos y, por otro lado, no todos los músicos llegan a ser profesionales, bien porque no está en su ánimo, porque no dan talla para ello o por otras tristes razones. Pero hay otra especie, esos músicos que algunos consideran privilegiados y que, curiosamente, son quienes van donde se proponen y salen adelante. No debemos confundir la suerte con el esfuerzo. Es lógico que quien más se parte el pecho consiga becas, y toque con esas referencias obligadas que son los músicos americanos (o no), y grave discos que en algunos casos hasta se venden. Ser artesano de la cultura no significa conseguir plaza fija pero hay quien lo confunde y su máxima pretensión es llegar a ser funcionario de la música.

Faltan iniciativas por todas partes: de instituciones públicas y privadas, de promotores, músicos, público... Faltan programas de radio, y de televisión no digamos. No hay libros ni publicaciones en general. Cuanto más movimiento hubiese más trabajo para todos, más afición y con criterio mejor formado. Y también más estímulo para el músico que, a veces, con eso de que tiene trabajo "para ir tirando" pasa años haciendo la misma música sin alterar ni una nota del programa.

Pero volvamos al público. Protesta si por 500 o 1.000 *pelas* le dan licor de garrafa y grupos nacionales. Y no se inmuta si le timan y el concierto por el que pagó mucho más sólo consiste en la presencia del líder mítico en el escenario, que por cierto, viene hecho polvo tras una gira mundial de doscientos conciertos. Parece que nadie está en su sitio, nadie arriesga un duro por los músicos locales y éstos, en muchos casos —afortunadamente no en todos— se enfadan y patean y como no tocan tampoco escuchan. ¿A nadie se le ha ocurrido organizar un concierto paralelo?, ¿algo así como montar una jam session callejera mientras de puertas adentro se escucha un concierto de los de alta cotización?

El reconocimiento y la estima personal ha de estar en todos los que integramos este género musical y en este mundo donde tanta guerra televisada se consume, ya se podría practicar un poco de estrategia y aprender a disparar en un solo sentido en lugar de saltar, agarraditos de la mano, girando sin romper el círculo y, como en el popular juego infantil, poner un punto final en esa catastrófica situación del *sentadito me quedé*.